

DONOSO CORTÉS: UN ESPAÑOL SINGULAR¹

En el mundo del pensamiento, España ha sido considerada a menudo la tierra ausente de Europa durante los siglos XIX y XX. Hoy sólo se recuerda, aunque sea brevemente, a Unamuno y Ortega como figuras relevantes más allá de la península. La memoria contemporánea ha mantenido completamente reprimida a la principal excepción de esta marginalidad española en la escena intelectual del continente: la extraordinaria figura de Juan Donoso Cortés. Sin embargo, éste era el pensador que Metternich consideró como el más importante teórico político conservador y orador parlamentario de su tiempo. Donoso ejerció una profunda influencia no sólo en el estadista de los Habsburgo y en sucesivos monarcas españoles, sino también en Luis Napoleón y en Pío IX. Amigo y confidente de los líderes tanto liberales como conservadores del catolicismo francés, sus discursos y escritos fueron estudiados por Federico Guillermo IV de Prusia y, más tarde, por Bismarck y Guillermo I. En Rusia, Nesselrode y Nicolás I estudiaron con no menos entusiasmo sus ideas. Guizot, Ranke, Schelling y Comte analizaron con detenimiento su trabajo y estuvieron de acuerdo con temas que en él se trataban. Aun así, en los confines provincianos de la academia moderna angloamericana, Donoso —una figura central en la historia de las ideas políticas del siglo XIX— ha sido olvidado casi por completo. Hasta la década de 1990, solamente existía en inglés un libro serio sobre él, la biografía intelectual de John Graham *Donoso Cortés—Utopian Romanticist and Political Realist*, publicada a principios de la década de 1970. Así, pues, son bienvenidas tanto la pequeña colección de los artículos y discursos de Donoso editada por Jeffrey Johnson, como su promesa de una nueva traducción del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* también escrito por el pensador español.

Donoso, pariente lejano de Hernán Cortés, el conquistador de México, era hijo de un próspero abogado de Cáceres, Extremadura. Nacido en

¹ Jeffrey P. JOHNSON, ed., *Selected Works of Juan Donoso Cortés*, Greenwood Press, West, 2000, 144 pp.

1809, asistió a la universidad a los once años de edad para estudiar Derecho, fue catedrático en la Universidad de Cáceres y muy pronto estuvo involucrado activamente en la política española. A los veinticuatro años de edad hizo de Madrid su residencia permanente, en el año en que Fernando VII —el ignorante soberano retratado por Goya— murió tras haber impedido la sucesión a su ultraconservador hermano Carlos, declarando a su hija Isabel heredera legítima bajo la regencia de su mujer María Cristina. Ascendiendo rápidamente, Donoso se convirtió en secretario de la reina, quedando encargado de los decretos, y comenzó su carrera uniéndose al grupo liberal y radical, haciendo campaña contra los ultras carlistas de derechas que querían derrocar a María Cristina. Durante la guerra civil entre fuerzas isabelinas y carlistas de la década de 1830, fue secretario de la presidencia durante el gobierno radical de Mendizábal, apoyando la confiscación de propiedades monásticas y la venta de tierras de la Iglesia para financiar la lucha militar. Escapó con la reina a Francia tras el levantamiento revolucionario de 1840, y regresó cuando la hija de trece años ocupó el trono en 1843, sirviendo como hombre de confianza al liberal autoritario Narváez. Donoso era entonces secretario del comité que redactó el borrador de la Constitución española de 1845, que se mantuvo de manera intermitente hasta 1931. Sostuvo una variedad de otros altos cargos como ministro de gobierno, catedrático de derecho constitucional, y diputado parlamentario. Tras pasar una temporada como emisario en Prusia, se convirtió en embajador español en Francia durante los tiempos revolucionarios de 1848-1849, antes de morir de sífilis cuando contaba con poco más de cuarenta años, en 1853.

Esta meteórica carrera, en la que combinaba la devoción por el derecho constitucional y la teoría política, por un lado, y la vasta experiencia en el arte de gobernar, por otro, muestra ciertamente cualidades excepcionales. Comoquiera que fuese de brillante y fértil la mente de Donoso, aún puede resultar extraño que una figura de un país tan periférico, como era aquella España de principios del siglo XIX, hubiera recibido la atención de las elites políticas de Europa. Paradójicamente, la explicación de esto probablemente se encuentre en los propios síntomas de la marginalidad de España, que experimentaba los resultados de la guerra peninsular y de la pérdida de su imperio americano: en definitiva, los insólitos disturbios y feroces divisiones existentes en la política española durante este período. En ningún otro lugar de Europa fueron las divisiones dentro de las clases dominantes o las elites gobernantes tan profundas como en España, y en ningún otro lugar adquirieron las diversas agrupaciones de centro y de derecha una experiencia tan temprana y variada en la movilización de masas y en la manipulación constitucional para el conflicto político, las más veces las unas contra las otras. Entre 1812 y 1851, las fuerzas conservadoras de España desplegaron en un momento u otro —bien en disputas entre ellas o en batallas contra la izquierda— toda la tipología de símbolos políticos disponibles en Europa: desde aquellos pertenecientes al medievalismo antimodernista más extremo hasta los del anticlericalismo y la democracia radicales. Donoso mismo tocó cada nota

de este registro, en el curso de una carrera que vivió nada menos que cuatro crisis revolucionarias –en 1836, 1840, 1847 y 1848– así como una sangrienta guerra civil. Él comentó una vez que «la característica histórica de los españoles es la exageración en todas las cosas». Desde luego, pocos no españoles podrían haber adquirido su rica educación práctica en el cálculo del arte de gobernar en situaciones extremas, en una nueva era de política de masas.

Si esas fueron las raíces de la reputación que gozaría Donoso durante su vida, una razón para la subsiguiente oscuridad de su persona fue la forma que tomaron sus escritos. Publicó solamente un libro, que era más un tratado propagandístico que una obra teórica. El resto de su trabajo es fragmentario: artículos, cartas, discursos, que ocuparían en su totalidad dos volúmenes. Todo ello requiere ser leído en estrecha conexión con acontecimientos, personas y públicos particulares para ser completamente entendido. El acceso contemporáneo a su pensamiento ha dependido en gran medida, por lo tanto, de sus editores e intérpretes. Desgraciadamente, la mayoría de éstos han ofrecido tan sólo imprecisas o distorsionadas versiones sobre su contribución a la historia de las ideas políticas, presentándole como poco más que un ideólogo exaltado de la contrarrevolución católica, un activista reaccionario dedicado a erradicar todo rastro del mundo que emergió de la Revolución francesa, y a imponer, en su lugar, un absolutismo ultramontano sobre Europa. Tras la muerte de Donoso, los partidarios de esta tradición le reclamaron de hecho como suyo, viéndole como el principal teórico de segunda generación que continuó el trabajo de De Maistre y Bonald, pasando la antorcha a pensadores del siglo xx como Carl Schmitt o a pensadores clérico-fascistas de Austria, Portugal, España u otros lugares.

No hay duda de que Donoso contribuyó de manera central a esta tradición desde 1848 en adelante, tanto por sus estrepitosas llamadas para aplastar los levantamientos populares de ese año como por su influencia en Pío IX, que pidió y siguió sus consejos durante la preparación del Syllabus de Errores. Donoso también jugó un papel importante en el dogma de la infalibilidad pontificia que Pío, de igual forma, adoptaría más tarde. Tras la dura experiencia de 1848, Donoso contempló la Iglesia católica como un bastión decisivo de orden y quiso asegurar que ésta permaneciera fuertemente integrada bajo el liderazgo absolutista de Roma. Para él, esto requería la eliminación de toda tentación centrífuga dentro de la Iglesia, es decir, de cualquier infección debida a ideas provenientes del nacionalismo, del liberalismo y de la democracia. El catolicismo permaneció marcado por estos resultados de forma continuada hasta la muerte de Pío XII en 1958. Hoy, Wojtyła, al poner en marcha la canonización de Pío IX, parece interesado en reducir el Concilio Vaticano Segundo a nada más que un interludio de distracción dentro de esta tradición intraclerical. Desde luego, han sido las controversias católicas actuales sobre el legado de Pío Nono las que parecen haber sacado a la luz la nueva colección de Johnson de los textos de Donoso. Johnson, evi-

dentamente un intelectual católico preocupado por combatir el peso muerto del legado de Pío IX, está ansioso por exponer la teología y política de Donoso como peligroso totalitarismo. Su larga introducción se centra especialmente en la postura que mantuvo Donoso en disputas católicas y su elección de textos está diseñada para resaltar el llamativo papel que éste desempeñó en la reacción contrarrevolucionaria posterior a 1848. Por muy comprensible que sea este énfasis para liberales católicos inmersos en sus batallas, y por muy agradecidos que estemos por la nueva publicación de las diatribas incendiarias que hicieron notorio a Donoso en la «primavera de los pueblos», el resultado se traduce en que se resta importancia a muchos de los más interesantes aspectos del pensamiento de este autor.

Porque a pesar de sus esfuerzos por forjar una ideología política católica en los años previos a su muerte, Donoso no era principalmente un ideólogo. Se movió entre muchos cargos públicos diferentes y tenía la preparación suficiente como para mantener buenas relaciones no sólo con los portavoces de la extrema derecha, sino también con destacados liberales. Antes de 1848 su mentor había sido nada menos que Guizot quien, por añadidura, era protestante. También fue un cercano confidente del líder del catolicismo liberal francés, Montalembert, así como amigo de su oponente conservador Veuillot. Estaba a favor de la independencia mutua de Iglesia y Estado, apoyando no sólo la desamortización de tierras de la Iglesia en España, sino también la abolición de los diezmos. Tampoco era de forma alguna enemigo del auge del capitalismo industrial. Su preocupación era asegurar que éste fuera acompañado de una doctrina compensatoria, capaz de aislar el orden social de los efectos corrosivos de la pura lógica del mercado; un deseo que era perfectamente comprensible para figuras liberales conservadoras de la época como Gladstone o Guizot. Donoso tampoco era un defensor intransigente de la aristocracia; consideraba su encarnación española corrupta e irresponsable. Además, sus opiniones ultramontanas –a diferencia de las de De Maistre– no eran teocráticas: se reducían a la necesidad de un monopolio papal de la doctrina dentro de la Iglesia y a una imposición católica del dogma sobre las masas, sin usurpar el papel de los Estados europeos seculares.

Donoso debiera ser recordado sobre todo como un pensador programático y estratégico, más que como teórico social o filósofo político. Su mayor preocupación era cómo mantener el orden social establecido frente a sus enemigos. Eso le hacía antirrevolucionario en el mismo sentido en que lo eran Guizot, Galdstone o Tocqueville, para los que 1848 fue un golpe traumático. El punto fuerte de Donoso fue su habilidad para poner de manifiesto una variedad de respuestas prácticas a los peligros que provenían de las clases inferiores, como consejo político a disposición del partido del orden, ya fuese éste liberal o conservador. Vio claramente, e intentó explicar a otros, que el imperio de la ley no era un fin en sí mismo, sino un medio para preservar un sistema social.

Consecuentemente, en situaciones anormales, las normas legales debían ser suspendidas y una dictadura «ejecutiva» al estilo romano tenía que ser instalada temporalmente para restablecer el orden. Así, ayudó a crear la teoría normativa moderna del estado de emergencia, que se convirtió en un lugar común de la jurisprudencia liberal contemporánea. Donoso señaló que en tales crisis sería necesaria una acción rápida y decisiva para romper al enemigo en pedazos, algo que los locuaces analistas y comentaristas –*la clase discutidora*–, que imaginaban que todos los antagonismos políticos podían ser resueltos mediante el debate, resultaban habitualmente incapaces de hacer. Dicho de otro modo, la característica descalificación de «los discutidores» (*the chattering classes*) por Thatcher o Blair tiene su origen aquí.

Donoso, dándose perfectamente cuenta que el socialismo era el enemigo mortal del orden burgués en Europa, consideró que el liberalismo anti-democrático de su tiempo, por mucho que pudiera coincidir con el mismo en otros aspectos, no ofrecería protección efectiva contra este enemigo, ya que era una forma política que no podía aplastar a las masas ni tampoco calmarlas. Pero Donoso también rechazó la principal plataforma conservadora de la época –la causa del legitimismo. Él veía que las reivindicaciones dinásticas de los monarcas europeos por la dominación hereditaria ya no generaban la adecuada energía política. Se necesitaban direcciones programáticas completamente nuevas para combatir la amenaza del socialismo. El creciente interés de Donoso por el catolicismo político surgió esencialmente de esta constatación. Él entendió bien que el catolicismo representaba un verdadero recurso político para la nueva era de política de masas, capaz de hacerse con la imaginación de éstas de una forma que ni el liberalismo ni el monarquismo podrían jamás igualar. De manera aún más atrevida, también recomendó encarecidamente la necesidad de volverse hacia una democracia plebiscitaria. Al insistir en que no había razón por la cual el estandarte de la democracia fuese alzado solamente por la izquierda, Donoso argumentó que éste podía y debía ser arrebatado por las fuerzas del orden en la batalla contra ella. Ésta fue la intuición decisiva que adoptó Luis Napoleón y le aupó al Segundo Imperio, y que más tarde condujo a Mussolini y Hitler a la Tercera Roma y al Tercer Reich.

Para llegar a las masas, Donoso combinó la defensa de las vías católica y plebiscitaria con un tercer llamamiento: la necesidad de un programa de protección social. Incluso antes de 1848 ya había intentado convencer a Pío IX para que desarrollara una doctrina social positiva, temas que finalmente darían su fruto con León XIII, a finales de siglo. En la Constitución española de 1845 Donoso incluyó una declaración en la que reconocía a los pobres el derecho indiscutible a esperar que el Estado aliviara sus sufrimientos en el nombre de la fraternidad existente entre todos los españoles. Si los socialistas triunfaban alguna vez, insistía, sería debido a la impaciencia comprensible de los empobrecidos frente a la excesiva riqueza y codicia de los ricos; de ahí su advertencia a María Cristina: «la nación española

está perdida si no se pone un violento fin a las descabelladas inclinaciones de las clases acomodadas, que nos pueden precipitar a todos hacia el abismo». Él recomendó a Napoleón III que lanzara un importante programa social, quedando insatisfecho cuando éste no siguió su consejo. Pero el mensaje de Donoso de que las medidas de protección eran esenciales para mantener el reino del capital no fue desestimado. Esta vez fue Bismarck el que aprendió de él.

Analizando el sistema interestatal de Europa de mediados del siglo XIX, Donoso mostró una perspicacia característica en su evaluación de los ambiguos potenciales del nacionalismo. Por un lado, apareció el valor de la ideología nacionalista como un arsenal político para disciplinar a las masas y combatir el socialismo. Pero, al mismo tiempo, se mostró extremadamente hostil hacia la posibilidad de una política de poder nacionalista y hacia cualquier noción del ilimitado derecho de la voluntad nacional. Anticipó el peligro de que de ahí pudiera surgir una dinámica capaz de destruir el orden burgués europeo y, ya en 1848, expresó su miedo a la posibilidad de que Prusia unificase Alemania de acuerdo con un principio nacionalista, pues toda Europa podría desequilibrarse y ser arrojada a una guerra devastadora. Con un extraordinario poder profético, Donoso predijo incluso que una «guerra mundial» europea podría llevar a una posición dominante a un Estado ruso comunista que más adelante se desintegraría. Respecto a estos presagios, a Donoso se le presentaba Inglaterra como un potencial salvador. Él era un gran admirador del parlamento inglés de su tiempo, considerándolo un modelo de oligarquía dictatorial. Consideraba que Inglaterra podría impedir el deslizamiento hacia el socialismo europeo, aunque sólo temporalmente, ya que le faltaba la doctrina católica que él veía como lo único que podría frenar «el orgullo y la barbarie» del socialismo. Aún así, Donoso tenía algunas esperanzas puestas en Newman y en el movimiento de Oxford como fuentes de futura conversión. Mientras esta posibilidad se materializaba, sin embargo, se mostró partidario de la unificación de la Europa católica en un orden que no aboliese los Estados-nación, sino que los atrajese hacia una defensa común de los valores cristianos contra la amenaza de una revolución socialista.

Donoso es considerado a menudo, y por motivos suficientes, un intelectual precursor del fascismo. Pero también se le puede considerar un precursor de la democracia cristiana de posguerra, y del papel que ésta desempeñó en la construcción de la Comunidad Europea: un antecesor tanto de Adenauer y De Gasperi como de Dollfuss y Franco. No todas sus ideas le pertenecieron a él solo. En Prusia, Radowitz también comprendió el potencial de la democracia plebiscitaria; en España, Balmes, que influyó en Donoso en varios aspectos, fue otro pionero de la doctrina social católica. Pero el abogado y orador extremeño fue único en su habilidad para reunir los temas centrales de su tiempo en un complejo conjunto de recetas para la clase dominante. Donoso pertenece a una familia de pensadores políticos que ha desempeñado un papel absolu-

tamente central en la construcción de la Europa moderna, pero cuyos nombres son ignorados prácticamente por completo en las historias de las ideas políticas: especialistas profesionales en el arte de gobernar aconsejando a quienes detentan el poder. Tras 1848, y todavía más después de 1870, con el auge de la democracia de masas, dichas figuras se fueron retirando de la vida pública dirigiéndose hacia el mundo cerrado de las elites administrativas europeas. Su característica franqueza y lucidez ya no podía manifestarse abiertamente. Donoso Cortés fue el último virtuoso que jugó sobre la escena continental, antes de que, discretamente, se bajara el telón.